

El saco rojo

J.L. Scally



Capítulo 1

Cuando conocí a Emilio Reinhardt, viajante, me fascinaron algunas cosas de su vida que otros juzgarían lamentables. Una era su gran capacidad de inventar historias; la otra, su fanático apego a la rutina. Emilio recorría el país vendiendo repuestos de maquinarias agrícolas. Cada sitio por el que pasaba era fuente de inspiración de largas descripciones pobladas de imágenes y anécdotas. Yo las disfrutaba en interminables tertulias sin preocuparme demasiado por su veracidad. Salía de su casa todos los lunes a las 7.45, bolso, portafolio, piloto y mapa rutero; y regresaba los jueves a las 17.45 en punto. Los horarios eran de tan severo cumplimiento que una vez su esposa salió a la vereda a las 17.50 porque aún no había llegado. Perdió cinco minutos bajando del auto un cajón con frutas comprado en el camino. Nunca vi cosa igual. Un sábado de invierno fui invitado a cenar a su casa. A la hora de la charla, Emilio comentó que se había salido del camino de rutina para pasar por un pequeño pueblo donde, se decía, fabricaban unos hermosos sacos de vicuña artesanales. Atendido por un indio de la zona, y pagando un precio ridículo, compró uno, rojo, con motivos de la Pacha mama que mostraba orgulloso y del que no se desprendía ni cuando se sentaba a la mesa. El lunes llamé por teléfono a su casa, al mediodía, según era mi costumbre para agradecer a su esposa la opípara velada. Fui atendido por él, que no dio importancia a mi broma sobre su presencia en casa, fuera de lo acostumbrado. A la semana siguiente me llamó, creo que fue un martes, para invitarme al cine. Supuse que había perdido su trabajo o que estaba de vacaciones y se lo dije. Contestó que no, que andaba mejor de lo acostumbrado y que ya no necesitaba viajar tanto. Cuando me pasó a buscar noté que había cambiado, y sus ropas parecían nuevas. Sentí cierta envidia, que oculté con culpa. Por esa época dejé de frecuentar su casa. Comenzamos a vernos menos, sobre todo luego de que se mudara a un barrio muy exclusivo de la zona norte, donde siempre atendía el teléfono un ama de llaves. Por amigos comunes me he enterado de que trabaja solo en invierno, y que sus ganancias no han parado de subir en estos años, aunque el divorcio le llevó una buena parte y los hijos descarriados dilapidan mucho dinero. En el club de golf lo apodan el loco del saco rojo.